

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Plaza de la Catedral, 25 de diciembre de 1999

«La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.» Con el libro de los Santos Evangelios abierto en el Prólogo de San Juan, donde se anuncia en forma solemne el gran misterio que celebramos hoy en la fiesta de Navidad, hemos recorrido las calles de La Habana y la Palabra revelada fue llevada hasta un lugar de honor en la Santa Metropolitana Iglesia Catedral, para permanecer allí todo el año Santo Jubilar que ahora estamos inaugurando. Antes de entrar al recinto sacro de su Catedral, el obispo se detuvo en el umbral de la puerta y mostró el texto sagrado a todo el pueblo que aclamó a Cristo. Él nos da la libertad de los hijos de Dios, nos trae la salvación del pecado, de la angustia y de la soledad y alumbró en nosotros la esperanza.

El follaje verde y las flores blancas enmarcando la puerta principal del templo, que debemos franquear para entrar en él, nos indican cómo debe ser nuestro peregrinar de creyentes en Cristo en este año Santo: hay que entrar en una vida nueva, llena de frescura y de belleza. Esto no puede inspirarlo un significativo año 2000, que puede trastornar las computadoras y excitar a los supersticiosos, pues nos sugiere a un tiempo lo larga que es la historia y lo fugaz de nuestra vida.

Jesucristo, La palabra de Dios que se hizo carne para estar con nosotros, 2.000 años después de su nacimiento, es el único que puede invitarnos con fuerza a entrar en una vida nueva, que Él mismo nos prometió darnos en abundancia.

Terminamos un milenio en cuyos últimos siglos el hombre comenzó un retorno a la era precristiana, al mismo tiempo que parecía convencido de estar avanzando en la historia. Desde mediados del siglo pasado hasta los años sesenta del siglo XX, una verdadera embriaguez de ciencia y técnica fue el caldo de cultivo de un pensamiento sobre el hombre que tuvo como denominador común el decir del hombre lo que conviene únicamente a Dios. Al ser humano se le concedieron atributos que lo absolutizaron. El hombre fue endiosado en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importa que lo fuera individualmente, como especie, o socialmente. El gran drama de este tiempo ha sido poner a los hombres y a los pueblos ante el dilema de optar por Dios o por el hombre. A este período de la historia se ha convenido en llamarle modernidad. Y al período que le ha sucedido, y en el cual parece que vivimos hoy, se le da el nombre de posmodernidad. En la modernidad, Dios sobraba; en esta época presente, en este cambio de siglo, falta Dios. Este tránsito doloroso y saludable lo hemos vivido y lo estamos viviendo en Cuba.

Los que tenemos algunos años asistimos a él con admiración y sorpresa; la nueva generación con desconcierto, porque las etapas no se suceden unas a otras con fechas fijas; más bien se superponen, se gestan con simultaneidad a las corrientes dominantes de pensamiento. Y así, ni la Edad Media fue tan creyente, ni el período moderno ha sido tan ateo; porque el hombre permanece siempre el mismo y se hace casi siempre las mismas preguntas y sufre y necesita amar y que lo amen y busca seguridades y reclama consuelo en su desvalimiento. Cuando pasa el frenesí de una época, todos vuelven a darse cuenta de que somos barro, hechura de la mano de un Dios que nos ha modelado y, al decir del profeta: «Puede una vasija volverse hacia su hacedor para decirle: ¿por qué me has hecho así?». Llega entonces el momento de dejarse encontrar por Dios.

El primer movimiento será la búsqueda de Dios y esto es bueno. Buscaban los magos del Oriente una estrella y encontraron a «un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre». En la búsqueda está la posibilidad del extravío y también de topar con la verdad que nos sale al paso. Pocos filósofos antiguos fueron tan contrarios al cristianismo como Porfirio. Pero San Agustín, a través de él, del vacío que ese pensador experimentó en su alma, descubrió que la única verdad que salva es Jesucristo.

Y a Jesucristo lo podemos encontrar en cualquier momento, en cualquier sitio. Para todas las preguntas que el hombre antiguo, moderno, o posmoderno puede hacerse, Jesucristo es la palabra definitiva que Dios ha dicho a los hombres, una Palabra hecha carne que acampó entre nosotros. Acampar es plantar una tienda en cualquier sitio. Dios se ha hecho encontradizo en Cristo.

Es esto lo que celebramos en la fe los cristianos en este año jubilar: que el hombre puede encontrarse con Dios porque hace 2.000 años Dios nos envió su Palabra eterna hecha carne, que ha puesto su tienda en medio de nosotros. Lo terrible del pecado está dramáticamente presentado en el relato bíblico de la creación. Antes del pecado del hombre, Dios se paseaba por el jardín del Paraíso al atardecer y el hombre se encontraba naturalmente con él. Después del pecado, el hombre fue sacado del Paraíso, de aquel jardín donde se encontraba con Dios y ya no pudo más compartir habitualmente con Él. Una nostalgia de Dios quedaría para siempre en el corazón del hombre.

Varios pensadores de la modernidad, llevados por esa nostalgia, que extrañamente nos asalta a todos, trataron de llegar hasta Dios solo con sus propias fuerzas, con sus propios razonamientos. Esto no es más que otro tipo de pretensión del hombre: la de hacerse Dios, la de ascender por sus propias fuerzas hasta el Creador. Lo que no pudieron ellos, ni muchos otros llamados modernos, fue concebir el camino descendente de Dios: «La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros... Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos lo recibieron les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre».

En nuestro mensaje de Navidad de este año a nuestro pueblo, los obispos de Cuba decimos que la venida de Jesucristo al mundo no deja indiferentes a hombres y pueblos, sean cristianos o no, creyentes o no creyentes. Quien no cree puede celebrar a Jesús de Nazaret como el hombre que más ha marcado la historia de la humanidad; como el hombre puro, amante de la sencillez, sublime en sus palabras, cercano al débil y al pobre, con una doctrina sobre el amor inigualada por ningún otro. Pero nosotros, cristianos, celebramos en la fe los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo, porque creemos en su nombre, porque sabemos que es Dios-con-nosotros y hemos recibido el poder para ser hijos de Dios. Jesucristo es el mensajero que anuncia la paz, que nos trae una buena noticia. Dios nos había hablado muchas veces y de distintos modos por sus profetas, pero ahora nos ha hablado por medio de su Hijo.

Como nos dice San León Magno en su Sermón de Navidad, «alegrémonos, hoy ha nacido nuestro Salvador. No puede haber lugar para la tristeza cuando acaba de nacer la vida». Esta invitación a la alegría, queridos hermanos y hermanas, la hago en el inicio del año jubilar, tiempo de júbilo por los 2.000 años del Nacimiento del Redentor, a todos en esta Arquidiócesis de La Habana: al intelectual y al trabajador manual, a los artistas, educadores, hombres de ciencia, personas con responsabilidades públicas y simples ciudadanos, a los que sufren por la enfermedad, la soledad o las carencias de

amor o de bienes indispensables para la vida, a los presos y a las personas que viven separadas de sus seres queridos, a quienes no viven en el suelo patrio y lo añoran, especialmente en estos días. Esta invitación a vivir intensamente el Año Santo la hago especialmente a las familias, sobre todo a las familias jóvenes. De modo particular pido a los jóvenes que, durante el Año Santo, se propongan vivir en serio como cristianos. Ustedes serán los que lleven sobre sus hombros la Iglesia del 2000.

Se lo repito a todos, alégrese, hay salvación, ha venido Jesucristo al mundo y algo cambió definitivamente desde entonces, y algo puede y debe cambiar en ti al calor de su mirada, al conjuro de su palabra comprometedor que nos deja siempre ante la alternativa de ser mejores. Ha acampado para siempre entre nosotros Jesucristo. Creyentes y no creyentes pueden redescubrir en él valores perdidos, despertar sentimientos positivos, recuperar la alegría de vivir.

El Año Santo en nuestra Arquidiócesis, siguiendo las líneas trazadas por el Papa Juan Pablo II para este tiempo y según el espíritu y la letra de su Exhortación Apostólica sobre la Iglesia en América, quiere desplegar un programa que propicie, durante el año Jubilar, el encuentro de distintos grupos de hermanos nuestros con Cristo vivo. La celebración de hoy no es, pues, sino el comienzo de una gran celebración que se extenderá durante todo el año 2000.

Si quienes tenemos fe en Cristo, Hijo de Dios Salvador, vivimos el Año Santo Jubilar del modo que el Papa lo ha pedido a la Iglesia Universal, experimentaremos en cada uno de nosotros, en nuestras familias, en nuestras comunidades cristianas, frutos abundantes de conversión, de crecimiento en la fe y en la esperanza, en nuestra capacidad de servir y promover a nuestros hermanos, para hacer de nuestras parroquias, iglesias y casas de oración, comunidades vivas y dinámicas, desarrollar el espíritu misionero y anunciar a nuestro pueblo, bautizado en su mayoría, que la Palabra se hizo carne, que el Hijo de Dios ha venido al mundo y acampó entre nosotros. Este anuncio es esperado en este nuevo milenio en una hora de la historia en que el mundo comienza a desperezarse de sueños ambiciosos y siente que Dios le ha faltado. La Madre Iglesia abre sus puertas para acoger a sus hijos que llegan o que retornan. Como la Virgen María, la Iglesia nos trae a Jesús y nos conduce hasta Él.

Cuatro iglesias en La Habana serán los centros especiales para beneficiarse de las gracias del Jubileo: La Iglesia Catedral y los Santuarios de Nuestra Señora de la Caridad en Centro Habana, de Jesús Nazareno en Arroyo Arenas y de San Lázaro en el Rincón.

Peregrinar a esas iglesias, leer con fe la palabra de Dios, servir a nuestros hermanos y trabajar por su promoción, transformando nuestras relaciones familiares, laborales y de cualquier orden en la sociedad, sembrando amor y reconciliación entre todos los que integramos un mismo pueblo y llevar este esfuerzo renovador a la Eucaristía de cada domingo. Esos son los frutos que debe producir el Año Santo Jubilar en nuestra Iglesia y en cada uno de nosotros, será como repasar el camino de nuestra vida para rehacerlo, dejando atrás el pecado y la mediocridad. Así podremos entrar en una vida nueva marcada por el encuentro con Jesucristo. Él es el mismo ayer, hoy y siempre, a Él la gloria junto con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.